

# *Pregón de Navidad*

*D. Isidoro Candel Gil*

*Cieza, 16 de diciembre de 2007*

“Os traigo una buena nueva, una gran alegría, que es para todo el pueblo; pues os ha nacido hoy un Salvador, que es el Mesías Señor, en la ciudad de David” (Lc. 2, 10-11). Con estas jubilosas y sencillas palabras el ángel anunció a los pastores la venida del Hijo de Dios a esta tierra: la Buena Nueva, la Gran Noticia que sigue llenando de asombro a los hombres y que nos convoca aquí en este día.

El nacimiento de un niño es motivo de especial alegría para una familia. La futura madre cuenta los días deseando, por un lado, que llegue cuanto antes el ansiado momento para *verle la cara* a su hijo, a la vez que siente cierto temor al parto. Mientras tanto, se ultiman los detalles para que al bebé no le falte nada: la cuna, la silleta, las ropitas... Todo dispuesto con el máximo cariño, con una gran ilusión. Los días previos al alumbramiento son un puro arrebató: la madre, muy cansada, con los pies hinchados como bombos, nerviosa, expectante; el padre, aunque trate de disimularlo, inquieto, azorado, muy pendiente de su mujer; los niños, si los hay, celosillos, pero locos de alegría ante la llegada del hermanito o la hermanita. Contracciones, molestias, duermevelas, desasosiegos... y nervios, muchos nervios, hasta que, por fin, llega el gran día. Entonces se rompen las tensiones, se desata la alegría, se llora de felicidad. La madre mira a su hijo con una ternura, con un cariño...; el padre está embelesado; a los abuelos se les

cae la baba. Los hermanos preparan una gran bienvenida en casa y todos quieren coger en brazos al neófito. Y el rebosante gozo de la familia se extiende alrededor, haciendo partícipes del acontecimiento a los parientes, amigos, compañeros, conocidos, como queriendo compartir con todo el mundo el sentimiento íntimo de alborozo, porque “cada criatura al nacer, conlleva la esperanza de que Dios no pierde la confianza en los hombres” (Rabindranath Tagore).

Todo esto tan normal hoy día, también lo sería hace dos mil años, cuando nació Jesucristo. ¡Con qué esmero organizarían María y José todo lo relativo a su futuro hijo! Y no sólo en lo tocante a lo material, sino además cuidando mucho lo espiritual, porque ese niño era muy especial. María fue la primera en enterarse de la noticia, y dio su aprobación, su *fiat*, para que el proyecto divino siguiera adelante. José, que confiaba plenamente en su esposa, pasó momentos muy difíciles hasta que, por fin, conoció los detalles de su embarazo; y, además, se pedía su colaboración en la tierra para una misión divina de alcance universal: “Dará a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1, 20). Es de suponer la reacción de José: por una parte, alivio y regocijo, y, por otra, cierto temor ante lo que este encargo significaba. María y José tuvieron que desplazarse a Belén para empadronarse; el viaje no sería muy cómodo, y María debió pasarlo bastante mal, tan avanzada como iba su gestación. Después de varias idas y venidas buscando un lugar adecuado, la Virgen dio a luz a su Hijo. Podemos imaginar su inmenso gozo: ¡con qué cuidado lo cogerían, lo arroparían, lo acostarían en la improvisada cuna! María miraría a su Hijo encantada y dichosa, guardando todo en su corazón (cfr. Lc. 2, 51). José lo tomaría en brazos, se lo comería a besos, lo dormiría; solícito, cuidaría de su esposa, ocupándose de que tuviera todo lo necesario. Los

sentimientos de María y de José serían los mismos que los de todos los padres, pero en este caso, además, el recién nacido era Dios encarnado.

Todo lo relacionado con el nacimiento de Jesucristo, pese a ser un misterio que no podemos alcanzar, está rodeado de una gran sencillez. Me gustaría que reflexionáramos un poco sobre este acontecimiento y que pudiéramos sacar algunas conclusiones que nos ayuden en nuestro caminar por esta tierra. Porque el nacimiento de Cristo y sus primeros años entre nosotros, encierran muchas enseñanzas. Da la impresión de que estamos tan de vuelta de todo, sumidos en un acostumbamiento cansino y abúlico, que ni siquiera somos capaces de dar la importancia debida a los sucesos más extraordinarios. Si nos instalamos en la rutina precipitada de nuestros quehaceres diarios, en la parafernalia festiva o en el carrusel consumista; o bien pasamos por los acontecimientos de la Navidad de forma superficial, corremos el riesgo de no desentrañar su verdadero sentido y de perder una estupenda ocasión para mejorar nuestra vida de hombres y mujeres corrientes, y para profundizar en la fe aquéllos que no tengan miedo a hacerlo.

Y es que la Navidad no es un aniversario ni un recuerdo; tampoco es un sentimiento. Es el día en que Dios pone un belén en cada alma, el día del nacimiento del Hijo de Dios: ése es el motivo fundamental de la fiesta, de la alegría y de la buena disposición que se vive en estos días. Otra cosa es que se desvíe el sentido de la realidad y relacionemos la Navidad exclusivamente con el cava, el turrón, las comidas, los regalos... Todo esto es secundario, superfluo, banal, cuando no nace del árbol fuerte que es la alegría de descubrir que el Misterio de la Navidad es la raíz misma de nuestra vida.

Dios Niño nace en un pesebre, pobre, humilde, inerme, ignorado. Sólo María y José son conscientes de la trascendencia del evento y desde el principio empiezan a sentir en sus propias carnes el destino de la criatura: ser *signo de contradicción*, como profetizaría Simeón más tarde (cfr. *Lc. 2, 34*). El Señor de cielos y tierra “siendo rico se hizo pobre para enriquecernos a nosotros con su pobreza” (2 Co. 8,9). Parece una paradoja: Cristo no nos ha enriquecido con su riqueza, sino con su pobreza, esto es, con su amor que le empujó a darse totalmente a nosotros. Podría haber hecho su aparición en el mundo de muchas otras maneras, pero decidió hacerlo como un niño nacido en el seno de una familia. Así quiso recalcar la necesidad de vivir la infancia espiritual para acercarse a El (“si no os volviéreis y os hiciéreis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos” [*Mt. 18, 3*]); y quiso dejar constancia de la importancia de la familia (un padre, una madre, unos hijos) en el desarrollo y educación de los seres humanos.

Pocas personas tuvieron la suerte de conocer y visitar al Niño Dios esa misma noche. Unos pastores, confiados en el mensaje de un ángel que se les apareció, precisamente, mientras hacían su trabajo (“de noche se turnaban velando sobre su rebaño” [*Lc. 2, 8*]), fueron aprisa hasta el pueblo siguiendo sus indicaciones. ¿Por qué aquel mensaje les pareció suficiente a los pastores? ¿Por qué se fiaron de que aquel niño desvalido era Dios? Quizás -me aventuro a contestar-, aquellos hombres no habían perdido la capacidad de admirar lo cotidiano; aquellos pastores sabían contemplar con cuidado lo pequeño y, por eso, descubrieron la grandeza de Dios. En su corazón no se albergaba el miedo, ni el prejuicio, ni la complicación, ni el aburguesamiento: eran sencillos, humildes y amantes del servicio. Por eso, fueron los primeros invitados a la fiesta que Dios comenzó entre los hombres.

“Esto tendréis por señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre” (Lc. 2, 12), añadió el ángel para orientarlos en su búsqueda. ¿Dónde pensábamos encontrar a Dios: en un palacio, en un lugar lujoso e inaccesible, en alguna circunstancia extraordinaria? A Dios lo encontramos, si queremos, en las cosas sencillas de cada día: se ha hecho un niño y, como tal, está envuelto en pañales, durmiendo. ¿No es maravilloso que Dios Omnipotente se nos presente como un Niño que se hace pis y caca, como todos los niños, que llora, que duerme, que necesita tomar el pecho de su Madre para alimentarse, que precisa de los cuidados de sus padres para sobrevivir? ¿Quién puede resistirse ante un niño?; ¿quién no prestaría su propio calor a un indefenso niño pobre recién nacido?; ¿quién tiene miedo a un niño? Su presencia inspira ternura, protección, cariño. Dios ha tomado nuestra naturaleza como prueba de su amor: “Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna” (Jn. 3, 16). Y se nos presenta como un niño para que nos acerquemos a Él con total confianza.

Pero no debemos olvidar que este Niño es rey, como lo habían anunciado los profetas muchos siglos antes. Sin embargo, su reino no es como los de este mundo; más bien se nos proclama un rey pobre, un rey que no gobierna con poder político y militar; su naturaleza más íntima es la humildad, la mansedumbre ante Dios y ante los hombres. Tan es así, que nace en un simple establo y que luego llegará a Jerusalén montado en un asno, la cabalgadura de los pobres<sup>1</sup>. Su reino es, pues, de paz, de justicia, de alegría, de perdón, de humildad, de amor, de verdad. Dios no entra como un conquistador en nuestra vida; no quiere abrir nuestro corazón usando de su poder. No viene a

---

<sup>1</sup> Cfr. Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*. Madrid: La Esfera de los libros. 2007, p. 109.

imponerse; no quiere obligar a nadie, porque respeta nuestra libertad: “Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo” (Apoc. 3, 20). Dios quiere hijos, no esclavos. Y en el uso de esta libertad, podemos decir rotundamente no a Dios, o bien ponerlo entre paréntesis en nuestra vida, hasta arrumbarlo poco a poco en un rincón olvidado. El hombre tiene la tentación de la arrogante autosuficiencia con la que quiere erigirse en divinidad. Nietzsche, por ejemplo, insistió en esta idea y exigía para el hombre el reino de la tierra. Si, por el contrario, nos decidimos a acoger a este Niño, hemos de ser consecuentes y no regatear esfuerzos ni descafeinar nuestra entrega, fabricando una imagen de Cristo interesada, pero falsa. Nos podemos fijar en el ejemplo de los Magos de Oriente: ven una estrella, reciben una vocación; se ponen en camino; pero la señal desaparece, surgen las dudas y se desorientan; preguntan y piden consejo para recuperarla; insisten, hasta que, por fin, llenos de alegría, encuentran lo que buscaban con perseverancia<sup>2</sup>. Ellos son personas con una sensibilidad interior que les permite oír y ver las señales sutiles que Dios envía al mundo, y que así quebrantan la *dictadura del acostumbramiento*<sup>3</sup>.

La libertad, inefable don del ser humano, tiene un complemento inseparable, la responsabilidad; la capacidad de elegir conlleva necesariamente unas consecuencias que no siempre alcanzamos a calibrar. Por eso, sea cual fuere nuestra postura, debemos ser conscientes -nos recuerda Benedicto XVI- de que “cuando a Dios se le da una importancia secundaria, que se puede dejar de lado temporal o permanentemente en nombre de asuntos más importantes, entonces fracasan precisamente estas cosas

---

<sup>2</sup> S. Jose María Escrivá de Balaguer: En la Epifanía del Señor. En *Es Cristo que pasa* (pp. 81-98). Madrid: Rialp, 1.976.

<sup>3</sup> Cfr. Benedicto XVI, *obra citada*, p. 120.

presuntamente más importantes”<sup>4</sup>. En otras palabras, como apuntó Juan Pablo II con un cierto tono profético: “quitar a Cristo de la vida del hombre, es un acto contra el hombre”.

La Navidad es una explosión de alegría porque ha nacido un niño, y ese niño es Dios hecho hombre. Pero la verdadera alegría debe nacer de nuestro interior, por un motivo elevado; no es la de un animal mundano que precisa disfrutar de ciertos placeres para pasarlo bien. Y esta alegría está en el ambiente, se contagia y se manifiesta de muchas maneras durante estos días. En un delicioso libro de Dickens<sup>5</sup>, Fred, el sobrino del protagonista, resume en unas pocas palabras lo que significa el espíritu navideño: “siempre he pensado en la Navidad, cuando llega (...), como una buena época; un tiempo de amabilidad, de perdón, de caridad, de alegría; la única época en el largo calendario del año cuando hombres y mujeres parecen, de común acuerdo, abrir sus corazones sin restricciones y pensar en las personas que tienen por debajo como si de verdad fuesen compañeros de viaje hacia la tumba”. Al margen de creencias religiosas, la Navidad es un tiempo en el que se da rienda suelta a los buenos sentimientos. Todos nos volvemos un poco más humanos, más comprensivos, más delicados, más solidarios; se nos ablanda el corazón.

En medio de la soledad, la pobreza, el desamparo y la indiferencia de su pueblo vino Cristo al mundo. Ni siquiera hubo lugar para El en la posada. Buena lección para nuestras ansias de comodidad, de consumismo, de vanidad, de egoísmo. Lo curioso es que esta indiferencia de los hombres hacia Dios sigue siendo frecuente en la actualidad; el dogma fundamental de la visión moderna del mundo es que Dios no puede actuar en la historia y, por

---

<sup>4</sup> Benedicto XVI, *obra citada*, p. 58.

<sup>5</sup> Charles Dickens: *Canción de Navidad*. Madrid: Homo Legens, 2006.

tanto, todo lo que hace referencia a Dios debe estar circunscrito al ámbito de lo subjetivo<sup>6</sup>. No parece prudente que las creencias personales tengan una repercusión en la esfera pública; la fe debe limitarse a lo estrictamente privado, sin una proyección exterior. Esto es una falacia, que incluso muchos cristianos, con buena intención por su parte, se han creído. No se trata de caer en el fanatismo ni en el fundamentalismo, pero sí hay que dejar claro que un católico no lo es solamente cuando está en el templo; con un mínimo de coherencia, debe tratar de actuar como tal en su trabajo, en sus relaciones sociales, en su vida de familia, en sus ratos de ocio y diversión, en sus actuaciones públicas.

Desde su cuna, el Niño nos urge a interesarnos por los demás. No podemos ir por la vida sin fijarnos en tantas personas que nos necesitan; sin tratar de hacer el bien, material o espiritual, a nuestros semejantes; sin ser capaces de mirar de tejas arriba para darnos cuenta de la trascendencia de nuestras acciones. Hemos de aprender la *valentía de la bondad*, percibiendo cada uno qué tipo de servicio se necesita en su entorno y en el radio más amplio de su existencia, y cómo puede prestarlo; es necesario convertirse en prójimo, de forma que el otro cuente para mí tanto como yo mismo<sup>7</sup>. Aquí radica la aportación del amor, que es *agapé*, y va mucho más allá del *eros*: el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro<sup>8</sup>. La senda del egoísmo conduce, más tarde o más temprano, a la insatisfacción, al rencor, a la infelicidad. El fantasma de Jacob Marley, otro personaje de la obra de Dickens, se lamenta amargamente, pero ya demasiado tarde, de haber llevado una vida egocéntrica y estéril: “¿Por qué caminé entre multitudes de mis semejantes con los ojos bajos, sin

---

<sup>6</sup> Cfr. Benedicto XVI, *obra citada*, pp. 60 y s.

<sup>7</sup> Cfr. Benedicto XVI, *obra citada*, pp. 238-240.

<sup>8</sup> Benedicto XVI: Carta Encíclica *Deus caritas est*, 3-6.



alzarlos nunca a esa bendita estrella que condujo a los Reyes Magos hasta un humilde pesebre?”

En un pesebre, efectivamente, nació el Niño Dios, el Mesías prometido. El pueblo de Israel esperaba ansioso su venida, y cada cual se hacía sus cábalas acerca de la misión que el personaje venía a desempeñar. Hoy como entonces siguen vigentes muchos interrogantes: ¿A qué ha venido Jesucristo al mundo?; ¿qué ha cambiado desde su llegada? El panorama actual, como el de otras épocas, no parece muy halagüeño: guerras, injusticias, hambre, desigualdades... ¿Y en esta tesitura nos atrevemos a celebrar una Navidad? ¿No suena esto un poco a paparrucha, a hipocresía? ¿Qué ha traído realmente Jesucristo, si no ha traído ni la paz, ni el bienestar para todos, ni un mundo mejor? La respuesta nos la da una voz autorizada, Benedicto XVI: “(Jesucristo) ha traído a Dios, y ahora conocemos el camino que debemos seguir como hombres en este mundo; conocemos la verdad sobre nuestro origen y nuestro destino; la fe, la esperanza y el amor”. Acostumbrados a lo espectacular, a la bambalina y al exhibicionismo, a la alta tecnología, a la búsqueda del placer y del bienestar material, puede resultar chocante y hasta ridículo lo que rodea al nacimiento del Mesías y el mensaje que nos trajo. Y algunos se sentirán defraudados porque las cosas siguen estando tan mal, pese a tanto *mesías* y tanta predicación. Los valores preconizados por el cristianismo están obsoletos y mal vistos; las ideas y comportamientos dominantes contradicen ampliamente el mensaje de Jesucristo; da la sensación de que Dios ha fracasado, de que todo ha sido un montaje, una mentira, una farsa. Sin embargo, los caminos y los planes de Dios no coinciden necesariamente con los nuestros; a veces incluso parece que se contraponen. “El poder de Dios en este mundo es un poder silencioso, pero constituye el poder verdadero, duradero; la causa de Dios parece estar

siempre como en agonía. Pero la gloria de Cristo, la gloria humilde y dispuesta a sufrir, la gloria de su amor, no ha desaparecido ni desaparecerá”<sup>9</sup>.

La Navidad es una fiesta en la que los niños tienen un protagonismo muy especial. Y no podía ser de otra manera, ya que se celebra, precisamente, el nacimiento de un Niño. Por eso es bueno que en estos días, todos hagamos un pequeño esfuerzo para recuperar esa infancia, ya tan lejana para algunos, con sus recuerdos, sus alegrías, sus buenos momentos y algunos sinsabores, los juegos, los amigos, la mañana de Reyes... Olvidemos por unas horas la seriedad, las preocupaciones, los enfados, y rescatemos los valores propios de los niños: la inocencia, la alegría, el desenfado, la gratitud, la sinceridad, la imaginación, la naturalidad, la sencillez, la despreocupación, la confianza, la ilusión, la capacidad para sorprenderse, la risa contagiosa. Me gustaría recordar ahora a muchos niños que lo pasan mal estos días tan entrañables, por una serie de circunstancias de distinta índole. Y me acuerdo especialmente de aquéllos otros a los que la vida les ha jugado una mala pasada, y tienen problemas que les impiden funcionar con normalidad; niños con dificultades motoras, sensoriales o psíquicas, con una capacidad disminuida para algunas actividades cotidianas, pero con un corazón muy grande que les hace ser superdotados en sentimientos y en valores. Pienso en el sufrimiento de sus padres, que esperaban el nacimiento de su hijo con anhelo y luego se encontraron con que una anomalía iba a dar al traste con sus planes, sus esperanzas y sus ilusiones. ¡Cuántos días de angustia en el hospital mientras su hijo luchaba por seguir viviendo! ¡Qué tremenda incertidumbre por su recuperación! ¡Qué lucha por ayudarle a superar tantas dificultades! ¡Cuántas lágrimas de dolor y de impotencia al contemplar a esa criatura con deficiencias!

---

<sup>9</sup> Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*. Madrid: La Esfera de los libros. 2007, pp 69 y s.

¡Qué gran ejemplo de superación, de optimismo, de capacidad de servicio, de entrega, de amor verdadero, nos dan esas madres y esos padres! Pido al Niño Dios que les dé fuerzas para seguir adelante en su duro caminar.

Hay otros niños a los que ni siquiera se les ha dado la oportunidad de llegar a nacer, porque han sido eliminados por una serie de motivos que no tienen justificación, pues suponen un atentado contra la vida humana. Me viene a la

memoria el pasaje de la matanza de los niños inocentes, víctimas de la ira, la envidia y el odio de un déspota (cfr. *Mt.* 2, 16-18). Entonces, como ahora, los niños pueden llegar a ser un estorbo. De nuevo aparecen la paradoja y la contradicción: ¿cómo se puede decir que el aborto es un signo de progreso y de libertad? ¿Cómo podemos caer en la hipocresía de condenar acciones de diverso tipo, y nos mostramos indiferentes ante el sacrificio de millones de seres humanos en el vientre de sus madres? Es cierto que muchas mujeres se encuentran en situaciones extremas, pero también lo es que existen soluciones más humanas, más justas, para ayudar a esas madres y a esos niños sin tener que recurrir al horrible trance del aborto. Es cuestión de apostar valientemente por la vida, de tratar de implantar una *cultura de la vida* que sustituya a la *cultura de la muerte*.

La Navidad es también una fiesta de la familia. Jesucristo nació y creció en el seno de una familia, la Sagrada Familia. Podemos hacernos una idea de cómo sería la infancia y la juventud de Jesús en esos treinta años de vida oculta, junto a María y José, como uno más entre los de su aldea: jugaría, se divertiría, tendría amigos, leería las Escrituras, trabajaría. Haría lo que cualquier otro ser humano de su edad, con el matiz de que era Dios entre los hombres, lo que significa que estaba llevando a cabo la

redención por medio de unas actividades cotidianas normales, divinizando las realidades temporales que son, para nosotros, el medio de santificación. Y todo ello, de una forma tan natural, que, unos años más tarde, sus paisanos se sorprenden de su sabiduría y de sus poderes: “¿no es éste el hijo del carpintero?” (cfr. *Mt.* 13, 54-58; *Mc.* 6,1-6; *Lc.* 4, 16-30).

La Sagrada Familia es el modelo a seguir para las familias cristianas, y me atrevería a decir que para todas las familias, aunque no compartan este ideal, porque lo sobrenatural no ahoga ni aniquila lo natural, más bien al contrario. En esa familia se vivieron las virtudes humanas que deberíamos imitar en nuestros hogares: fidelidad, comprensión, espíritu de servicio, laboriosidad, alegría, solidaridad, obediencia... Y además se vivía cara a Dios, o mejor: se vivía con Dios, que estaba entre ellos. María y José son las dos personas que más han tratado a Jesucristo, Dios y Hombre: le han criado, le han educado, le han alimentado, le han instruido, se han reído con El, le han reñido, le han aconsejado. ¿Acaso no se sorprenderían en ocasiones ante lo que estaban viendo y viviendo? ¿No es lógico suponer que no entenderían muchas cosas? Imagino a San José, un hombre normal, jugando con su Hijo, dándole de comer, enseñándole a clavar púas, contándole historias y leyendas de la época, charlando sobre cosas de la vida. ¡Y ese Niño era Dios! Y, más impresionante todavía, “*erat subditus illis*, les estaba sujeto,” como dice de forma escueta el Evangelio (*Lc.* 2, 51). ¡Dios mío, cuánto misterio, cuántas enseñanzas y cuánta grandeza para nuestro corto entendimiento!

Tradicionalmente son éstos unos días en los que la vida en familia cobra un especial relieve. Es natural que todos se reúnan para hacer el belén y montar el árbol; para la cena de Nochebuena o la comida de Navidad; para cantar

villancicos; para participar en juegos de mesa; para pasar, en fin, ratos agradables. Es razonable, en consecuencia, que en estas fechas tan familiares echemos más en falta a los seres queridos que ya no están con nosotros. La familia es un refugio, un oasis, en el que el ser humano es valorado por lo que es. En mi opinión, hemos de tomarnos más en serio a la familia, que es, en palabras de Juan Pablo II, "base de la sociedad y el lugar donde las personas aprenden por vez primera los valores que les guían durante toda su vida". No es cierto que el modelo de familia tradicional sea algo pasado de moda; lo que ocurre es que en estos tiempos se desbancan valores como la lealtad, la fidelidad, el compromiso, que son la base de la convivencia, y se prima la búsqueda del placer y del beneficio personal a toda costa, sin reparar en otras cuestiones. Urge, pues, defender la supervivencia y el prestigio de la familia, siendo conscientes de su influencia benéfica para todos.

Dios ha puesto un belén en el mundo, en el que hay muchas figuras con una misión muy concreta cada una de ellas: los pastores, el rebaño, los Reyes Magos, los pajes y los camellos, la lavandera, el buey y la mula, el herrero, el borrico, los soldados de Herodes, el posadero, María, José...<sup>10</sup> Incluso, como ocurre en el belén de mi familia, hay figuras rotas, mutiladas, que están ahí todos los años por Navidad haciendo su papel. Estas figuras rotas no son tan vistosas como las otras, pero tienen su encanto, su historia, y pueden presumir de *veteranía*. Llevan mucho tiempo formando parte del belén familiar y, cuando alguien sugiere su retirada, siempre aparece una voz que sale en su defensa para que se queden. Este belén representa el gran teatro del mundo. ¿Por qué no somos atrevidos y jugamos a identificarnos con una de las figuras, la que cada uno quiera, para formar parte del belén y meternos de lleno en

---

<sup>10</sup> Enrique Monasterio: *El belén que puso Dios*. Madrid: Palabra. 2004.

este misterio? Uno puede querer ser un pastor que acude al portal con requesón, manteca y vino. O bien, transformarse en un rey mago montado en su caballo que se acerca poco a poco hasta el establo y ofrece al Niño oro, incienso o mirra. Puestos a elegir, uno puede quedarse hasta con el burro, animal que simboliza la humildad, la docilidad, el trabajo oscuro y silencioso, la perseverancia. El, que tuvo la suerte de transportar a la Sagrada Familia y ser casi como uno más de sus miembros, estando siempre muy cerca del Niño, es uno de los protagonistas de nuestro belén, como reza un villancico popular<sup>11</sup>:

*Un burro de orejas largas  
de cola como plumero  
un burro de esos de carga  
llegó al pesebre el primero.*

*Burrito de orejas largas  
en el portal de Belén,  
ven a cuidar a mi Niño,  
mi Niño se porta bien.*

*La madre cuidaba al Niño  
que en la cuna dormitaba,  
y el burro de orejas largas  
con su aliento lo entibiaba.*

*Los ángeles que bajaron  
hasta el portal de Belén,  
azúcar dieron al burro,  
que se había portado bien.*

O podemos optar por convertirnos en una de las figuras rotas; al fin y al cabo, todos tenemos desperfectos. Da igual lo que queramos ser. Lo importante es estar ahí, cerca del

---

<sup>11</sup> *El burro de Belén.* Trota-villancico popular chileno de Vicente Bianchi.

portal. A lo mejor no tenemos muchas cosas para llevar al Niño; no importa: lo único que se nos pide es un corazón sencillo y generoso, capaz de percibir la grandeza de lo pequeño y de descubrir las maravillas ocultas en los hechos aparentemente insignificantes: “no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos”<sup>12</sup>.

Hoy brillará la luz sobre nosotros, porque nos ha nacido el Señor (cfr. *Is.* IX, 2), el Dios hecho Niño que nos mira envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. Un Dios con rostro humano, que, como ha escrito el Papa en su última encíclica, nos ama a cada uno hasta el extremo, y que es el fundamento de la esperanza<sup>13</sup>. Abramos nuestra mente y nuestro corazón sin miedo a las enseñanzas que nos brinda desde su cátedra de Belén.

Que el Niño Jesús, cuyo nacimiento nos disponemos a celebrar, nos bendiga a todos y a nuestras familias. Mis mejores deseos de paz, alegría y felicidad para todos en esta Navidad, y muchas gracias por su atención.

Isidoro Candel Gil  
Cieza, 16 de diciembre de 2007

---

<sup>12</sup> Antoine de Saint-Exupéry: *El principito*. Barcelona: Ediciones Salamandra. 2001, p. 72.

<sup>13</sup> Benedicto XVI: *Carta encíclica Spe Salvi, Sobre la esperanza cristiana*, n. 31. Madrid: Ediciones Palabra, 2007.